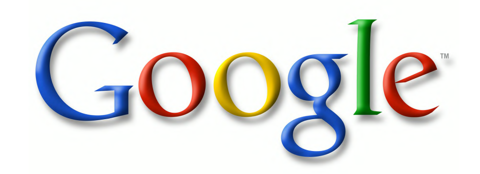


IO BAROJA

MOMENTUM CATASTROPHICUM



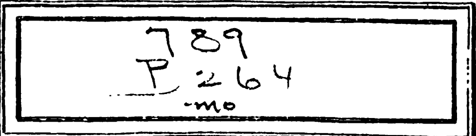


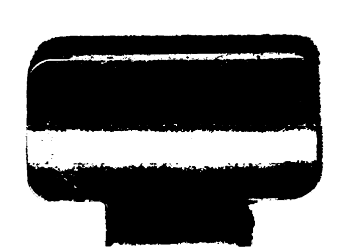
RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR

MADRID

1919

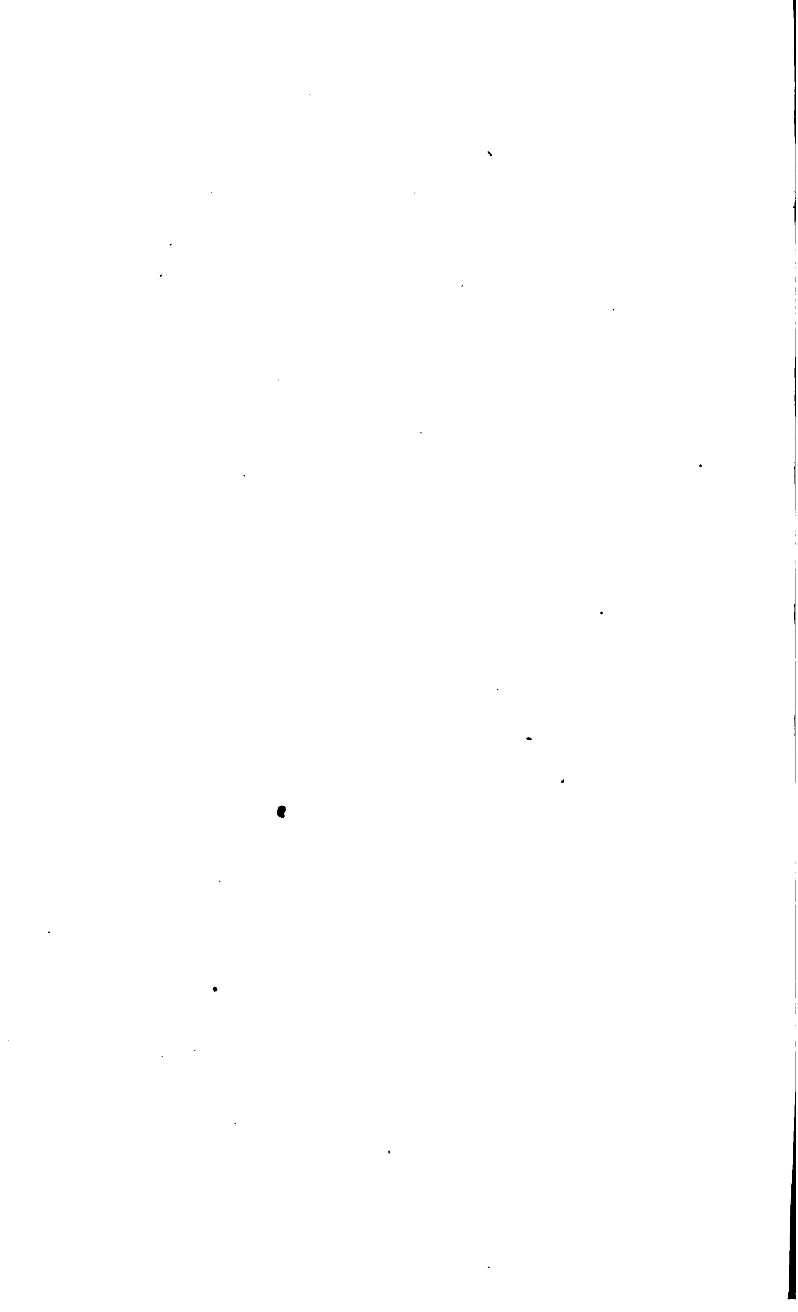

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT
LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS


789
P264
·mo









OBRAS DE PIO BAROJA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Paradox, Rey. 3,00 ptas.

La feria de los discretos. 3,50 ptas.

La busca. 3,50 ptas.

Nuevo tablado de Arlequín. 3,00 ptas.

Juventud, egolatría. 3,50 ptas.

El árbol de la ciencia. 3,50 ptas.

La veleta de Gastizar. 4,00 ptas.

Los caudillos de 1830. 4,00 ptas.

Idilios y fantasías. 3.00 ptas.

Mala hierba. 3,50 ptas.

Las horas solitarias. 4,00 ptas.

Aurora roja. 3,50 ptas.

Momentum Catastrophicum. 1,25 ptas.

El cura Santa Cruz. (folleto) 0,25 ptas.

MOMENTUM CATASTROPHICUM

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio.

P I O   B A R O J A

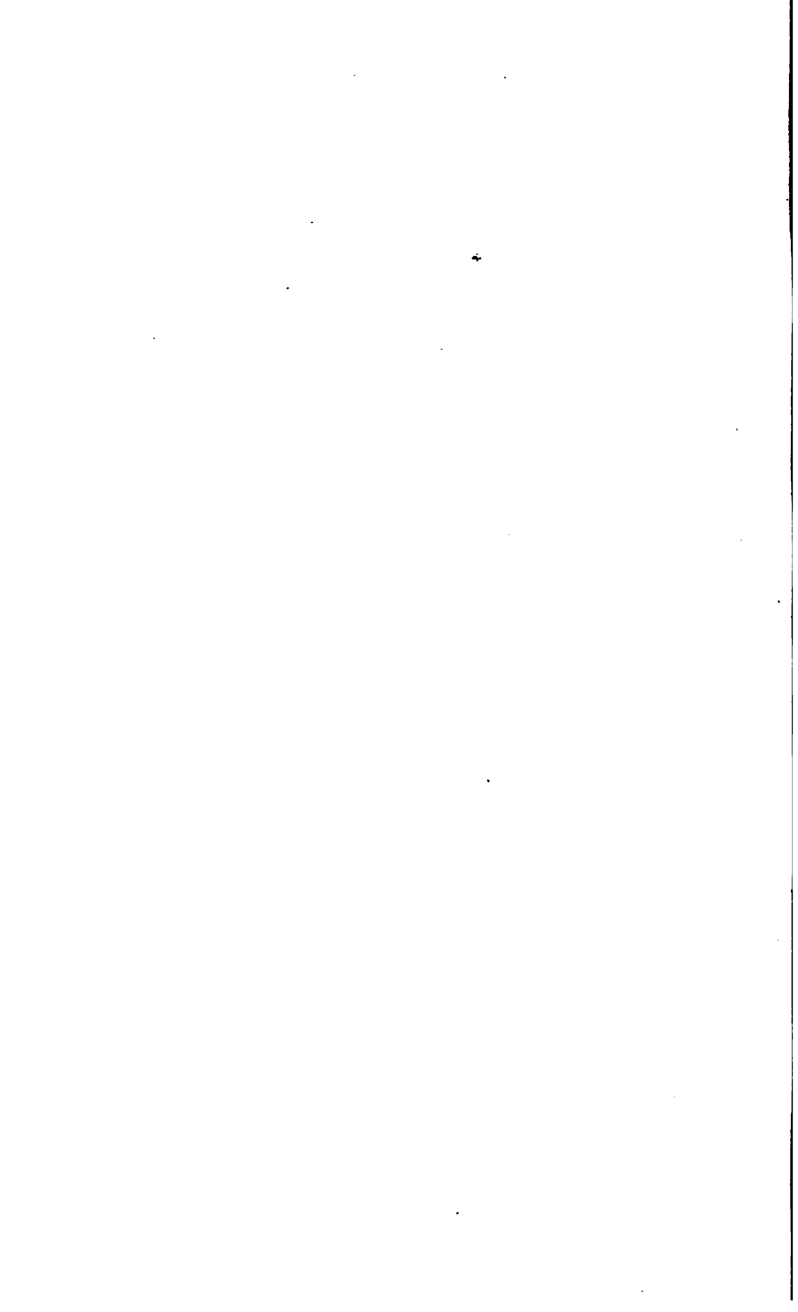
MOMENTUM CATASTROPHICUM



RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
VENTURA RODRÍGUEZ, 18.
1919

MOMENTUM
CATASTROPHICUM

Discurso dirigido por el bachiller Juan de Itzea a los Chapelaundis del Bidasoa en el solemne acto de inaugurar la Academia Científico, Literaria y Chapelaundiense de Cherribuztango-erreca.



El día 28 de Diciembre de 1918 los amplios salones de la Academia Científico, Literaria y Chapelaundiense de Cherribuztango-erreca, estaban atestados de gente. Las más bellas damas de la región del Bidasoa se habían congregado en el salón de sesiones.

A las diez de la noche el presidente Lecochandegui, P. A. C. L. Ch. Ch., abrió la sesión con estas palabras:

«Amigos y compañeros: En estos momentos graves, en estos momentos solemnes en que vivimos era necesario, era imprescindible que se constituyera en nuestro país, en el cantón del Bidasoa, un organismo intelectual capaz de comentarlos y de aquilatarlos.

De esta necesidad ha nacido la Acade-

mia Científico, Literaria y Chapelaundiense de Cherribuztango-erreca, de esta necesidad ha brotado este discurso de nuestro secretario Juan de Itzea, S. A. C. L. Ch. Ch., discurso al que he titulado yo MOMENTUM CATASTROPHICUM.

Alguno me dirá que yo no sé latín y que esta frase no es puramente latina ni mucho menos. Es igual. Los chapelaundis no nos ocupamos de minucias.

Para nosotros, que vamos al fondo de las cosas, esta frase inventada por mí representa el momento de la confusión, del caos y de la catástrofe. Sea ciceroniana o gerundiana esa frase, yo, como presidente de la Sociedad chapelaundiense, la prohijo y la acepto. Ahora, cedo la palabra al honorable chapelaundi y secretario de la Sociedad, Juan de Itzea, S. A. C. L. Ch. Ch.»

Dichas estas palabras, el digno presidente Lecochandegui, P. A. C. L. Ch. Ch., se

sentó, y el secretario de la Sociedad, Juan de Itzea, S. A. C. L. Ch. Ch., subió a la tribuna y comenzó así:

«Chapelaundis: Yo soy hombre que nunca he tenido gran deseo de dirigirme directamente al público. He hablado durante toda mi vida cuatro o cinco veces, y siempre por compromiso.

Esta es una de las pocas ocasiones que me lanzo a exponer mis ideas ante una colectividad por impulso propio. Mi patriotismo de chapelaundi exige que os diga algunas verdades. No soy un político, ni un sociólogo. Soy un *diletanti* en problemas filosóficos y sociales. No siento tampoco la necesidad de ser un definidor ni un dogmatizador; para eso hay que tener cierta voluntad de dominio, como diría Nietzsche, y cierta ambición, cosas ambas de las cuales yo carezco. Un chapelaundi es un filósofo. No pretendo persuadir, y

mucho menos arrastrar; no quiero más que exponer.

Es posible que para mucha gente que no tiene simpatía por las preocupaciones intelectuales, todo esto que voy a decir no parezca más que pura extravagancia y deseo de exhibición; pero se me crea o no, yo no he tenido nunca afán de exhibición; quizá sea un espíritu de contradicción, un espíritu negativo, quizá tenga un poco de manía razonadora; pero puedo asegurar que nada de carácter personal práctico me ha movido a dirigiros la palabra.

Mi propósito es hablar de las ideas filosóficas y sociales de nuestro tiempo, del pragmatismo y del nacionalismo, de sus caracteres y de las transformaciones que han podido producirse en estas ideas después de la guerra. Al mismo tiempo quiero examinar el valor absoluto y de oportunidad que puedan tener.

¿Ha influído la guerra en nuestras ideas,

en nuestros sistemas sociales, amigos chapelaundis?

Yo creo que muy poco. Las ideas estaban vivas antes de la guerra, quizá algunos accidentes de esta conmoción mundial hayan contribuído a un mayor o menor desarrollo práctico de ciertos sistemas sociales; pero en conjunto yo sospecho que de la guerra no ha brotado todavía nada nuevo en el campo de las ideas.

Y no es que yo suponga que en un período de guerra no se puedan crear nuevas ideas, es que me inclino a pensar que esta guerra no las ha creado.

Hay una teoría relativamente moderna en biología, que es la de la mutación brusca, teoría que ha sido formulada por el botánico holandés Hugo de Vries y por el sueco Nilsson. Estos hombres de ciencia demostraron que en los vegetales se forman especies nuevas por mutaciones bruscas, especies que quedan después definitivamente constituídas.

La mutación brusca ha constituído el neo-darwinismo, y Bergson ha sacado de ella un argumento para defender su teoría del impulso vital que crea constantemente; *l'elan vital,* que dice el filósofo francés.

Este *elan vital* es en el fondo un nombre nuevo para una idea vieja; pero el hecho es que existe algo parecido a esa creación constante, y que se puede dar en la vida humana una mutación brusca, y que de una familia de clericales y sacristanes puede salir un chapelaundi, y de un fondo de bandidos un héroe o un santo.

Aceptando la posibilidad de la mutación brusca, hay que reconocer que al menos en este tiempo la mutación brusca no se ha presentado.

Ideológicamente no hemos añadido un matiz más al conjunto de sistemas filosóficos y sociales que teníamos antes de la guerra.

Estamos hoy como al comenzar la lucha

europea; si hay una lección en ella todavía no la hemos visto, si hay una enseñanza no la hemos comprendido aún. Políticamente vivimos dentro del mismo maquiavelismo de siempre.

Es indudable, amigos, que todos los sistemas filosóficos tienen una representación, si no completa al menos fragmentaria en la política. Así, el misticismo religioso ha alimentado el partido ultramontano; el individualismo y el libre examen han nutrido el liberalismo, el panteísmo de Hegel y el materialismo histórico de Karl Marx han formado el socialismo. Lecochandegui y sus amigos hemos creado el chapelaundismo.

¿El valor, la eficacia de los sistemas filosóficos y de sus derivaciones en la política dependen de su verdad?

Hay que dudarlo. Por lo menos dentro de la historia no se ve que las ideas más ciertas hayan sido las más eficaces.

Desde un punto de vista social tiene a

veces la mentira más valor que la verdad. Los mitos viven tanto y valen tanto en la práctica como las realidades.

Todos los hombres somos hermanos, han dicho las religiones. Sin embargo, ¿cuándo los hombres se han comportado fraternalmente? Nunca, jamás.

La Revolución francesa puso como lema estas palabras: Igualdad, Libertad, Fraternidad, y no pudo realizar en la práctica ninguno de sus tres lemas.

El valor del prejuicio es terrible. Así el picardo Calvino mandó quemar vivo al navarro Miguel Servet, porque Servet llamaba a Jesucristo: Cristo hijo de Dios Eterno, y Calvino exigía que dijese: Cristo hijo eterno de Dios Eterno.

Si queremos comprobar la eficacia del mito en nuestro país, pensemos en el carlismo. Los primeros carlistas no aceptaron una pragmática sanción de Fernando VII, por la cual este rey nombraba heredera en

el trono a su hija Isabel II y desposeía a su hermano don Carlos.

Los carlistas, vuestros antepasados, consideraban que el derecho verdadero, el derecho natural, el derecho divino y tradicional correspondía a Carlos V, que éste era el rey español por excelencia. ¡Qué cosa más ilusoria!

El llamado Carlos V descendía oficialmente de los Borbones, una familia francesa, y de una italiana, María Luisa de Parma. ¿Pero ésta era la realidad? Aquella dama era *mutilzalia* (1), y por ciertas declaraciones que ella misma hizo en Roma, cuando vivía allí en buena armonía con su marido y con Godoy, su amante, se puede sospechar que si sus hijos tenían algo de Borbones era por la línea materna y no por la paterna.

Esto no fué obstáculo para que toda España se llenara de sangre, por si el hermano

---

(1) Aficionada a los mozos.

tenía más derecho que la hija. Aquí, como entre Calvino y Servet, unos decían que Cristo era el hijo de Dios Eterno y los otros que era el hijo eterno de Dios Eterno.

Estas mentiras con apariencia de verdad caen a veces sobre un país y lo aplastan. Así, por ejemplo, España tiene el sambenito del fanatismo y de la intolerancia religiosa en la historia, que hasta cierto punto no son exclusivos suyos.

Los representantes de la España más negra son Carlos I, el emperador de Alemania, que era un gantés, hijo de un flamenco y de una española; Felipe II, hijo de un flamenco y de una portuguesa, y Carlos II el Hechizado, que tenía más de austriaco que de español y que estaba dirigido por un jesuíta alemán como el padre Nithard.

Ahora los periódicos ingleses pintan al ex kaiser Guillermo como el tipo del déspota alemán y como un criminal. Yo no sé si el destronado emperador es más criminal

o no que los demás reyes y emperadores; lo que sí sé es que es hijo de un alemán y de una inglesa, y sabido es que en general en los hijos varones la herencia materna influye más que la paterna. Guillermo es casi tan inglés como alemán, pero no les gusta decirlo a los aliados. Los datos que molestan, se escamotean cuando no conviene exponerlos.

Yo reconozco que estos chapelchiquis de españoles han dado en el siglo XIX, en el carlismo, los más violentos ejemplos de fanatismo y de crueldad; pero hay que señalar también la colaboración en este carlismo de la gente de fuera. Así, el representante más genuino del terrorismo reaccionario en el siglo XIX es un francés: el conde de España, y la única mujer amazona, realista en las contiendas civiles, una irlandesa: Josefina Comerford. Insisto en esta cuestión de la verdad y de la mentira, amigos chapelaundis, porque es la cuestión capital, la

cuestión magna del sistema filosófico, que se llama pragmatismo.

El pragmatismo es un sistema ecléctico que ha querido resolver el antagonismo que existe desde tiempo inmemorial entre las verdades científicas y las necesidades morales. No cabe duda que hoy por hoy no se ve que la ciencia pueda producir una moral social.

La ciencia lleva el camino de consumir al hombre, de quitarle todas sus ilusiones y sus defensas sentimentales; el hombre, para defenderse de ella, ha comenzado a negar la ciencia, a limitarla. El positivismo fué ya un comienzo de negación y de limitación. Augusto Comte, su fundador, era un metafísico sin fantasía que quiso encontrar en todo utilidad para el hombre. ¿Qué utilidad puede producir al hombre el conocer la geografía y la composición de la estrella Sirio o de la Vía Láctea? Todo hace creer que ninguna. Comte, pensando así, era

partidario de no ocuparse de la astronomía sideral y ocuparse únicamente de la solar.

Después de influir en el positivismo, la tendencia a la limitación, a lo utilitario, ha triunfado en el pragmatismo.

La tesis central de este sistema se puede expresar, según William James, así: «Una aserción es verdadera porque es útil y es útil porque es verdadera.»

Examinando esta tesis no se ve que sea cierta. ¿Dónde está la utilidad de la teoría indiscutible de Copérnico? No se advierte por ninguna parte esta utilidad, se ve su exactitud, pero nada más. Este sistema, ideado por un alemán, nacido por un azar en Polonia, un verdadero chapelaundi de la ciencia, le ha quitado tanta importancia al hombre, que de ser el rey de la creación le ha convertido en un insignificante autómata de un planeta igualmente insignificante. Se dirá quizá que al desaparecer el antropocentrismo se adquiere una noción más

justa de la naturaleza. ¡Bah! Esa aserción es dudosa. Si el hombre pudiera elegir, elegiría seguramente mejor ser el rey de la creación que habitante de un pequeño planeta que rueda por los espacios.

El pragmatismo, desde un punto de vista político, es una doctrina ambigua para los países hipócritas. Es un escudo para los apetitos inconfesables. Así, un país pragmatista puede ser imperialista para fuera y liberal para dentro, monárquico en unas cosas y republicano en otras, religioso oficialmente e incrédulo en la vida privada. El pragmatismo se ha ingertado en una doctrina política: en el nacionalismo.

El nacionalismo tiene dos caras: una es la cara antigua: campesina, dogmática y reaccionaria; otra la cara moderna: progresiva y ciudadana.

A pesar de esta divergencia de las dos ramas nacionalistas, hay en una y en otra los mismos o parecidos dogmas.

El primero de los dogmas nacionalistas es la raza. La raza indudablemente es algo, pero como muchos de los conceptos biológicos cuando se le quiere encerrar bien en límites claros y precisos se escapa.

El conde de Gobineau, un diplomático francés, un gascón, en su libro sobre la desigualdad de las razas humanas fué el primero que quiso fundar una psicología y una jerarquía a base de la raza.

Desde entonces acá ha habido un continuo barajar de nombres étnicos. Iberos, celtas, germanos, semitas, vascos, han aparecido con su etiqueta correspondiente que se ha tenido que cambiar al poco tiempo.

En esta última época ha habido tal zarabanda étnico lingüistica que no ha dejado nada en pie. Todo ha desaparecido, pero los chapelaundis quedan.

Algunos investigadores de estos treinta o cuarenta años últimos han querido llegar a conclusiones rápidas y hasta fundar una

ciencia, la antroposociología, pero estos investigadores: Vacher de Lapouge, Ammon, Houston Stewart Chamberlain, han hecho más que ciencia literatura, algo por el estilo de la criminología de Lombroso.

Es muy lógico, claro es, tender a simplificar los hechos e intentar ver una razón en el caos.

Estos intentos no son desdeñables, pero tampoco tienen un valor científico.

Hoy en la raza como dirección fija, manifiesta, apenas se cree. Ese elemento misterioso y fatal, que parecía una divinidad antigua, ha perdido casi toda su garantía, y naturalmente, la psicología basada en ese concepto se ha venido abajo. No hay razas puras entre los hombres, todas están mezcladas, no se sabe siquiera cual es el tipo étnico de cada raza, mucho menos cual es su tipo espiritual. Así, un judío de origen español como Espinosa se nos aparece como el fundador del panteísmo alemán, que

luego han de desarrollar Hegel, Schelling y Schopenhauer; así otro judío como Heine es uno de los representantes más significados del humorismo germánico.

Hoy no se puede asegurar que existan tipos iberos, celtas, germanos, semitas o vascos. Hablar de razas islas es un absurdo. Mucho menos se puede adscribir a cada tipo una psicología especial.

La influencia de la cultura y del ambiente es cada día mayor. Sólo aquellos pueblos en donde una relativa pureza étnica se une con una forma especial de religión y de cultura, como el pueblo judío, pueden luchar con las influencias espirituales exteriores y no dejarse asimilar.

Los demás se asimilan inmediatamente. Los eslavos de la zona próxima a Berlín son tan alemanes como los de Colonia, los germanos de Francia son tan franceses como los antiguos galos, los colonos alemanes de la Carolina, venidos en tiempo de Car-

los III, son tan españoles como los andaluces de los pueblos próximos.

La idea de la raza pura reaccionando de una manera especial, instintiva, biológica, contra la cultura y el ambiente es una fábula.

Respecto a la lengua se puede asegurar que un pueblo no corresponde siempre a una lengua y una lengua tampoco corresponde siempre a un pueblo.

Veamos un pueblo como el eslavo.

Los eslavos de las proximidades de Berlín hablan alemán, los eslavos de Rusia hablan ruso, los de Grecia griego moderno, y hay otros diversos grupos eslavos que hablan varios idiomas, polaco, theco, croata, búlgaro, etc.

Veamos un idioma, el español mismo. El español lo hablan iberos, celtas, germanos, semitas, berberiscos, indios de América, negros de Africa, tágalos, chinos.

Como decimos, ni el idioma induce la

raza y el pueblo, ni el pueblo y la raza inducen el idioma.

El mismo vasco, un idioma tan restringido que parece, una lengua fundida con un pueblo seguramente no lo está. Hay tres tipos étnicos entre los vascongados que se podrían llamar tipo iberoide, tipo celtoide y tipo germanoide; seguramente el vascuence corresponde a uno de ellos y no a los otros dos, pero puede muy bien no corresponder a ninguno de ellos y ser un idioma prestado por otra raza u otro pueblo desaparecido. ¿Qué nos importa todo esto? Los chapelaundis estamos por encima de la etnografía y de la lingüistica.

Sobre la idea de la pureza de la raza y su correspondencia con el idioma no se puede basar nada que tenga valor.

El nacionalismo vasco quiere basarse sobre la idea de la raza, así es de endeble y de raquítico. Es una teoría de chapelchiquis.

El que no tiene los cuatro apellidos vascos no es vascongado, según nuestros nacionalistas.

Ya podemos los que no estamos en ese caso preparar la maleta para el momento en que triunfen los bizkaitarras. Lo extraño es que uno de los primeros que tendrá que largarse del país será uno de los jefes bizkaitarras: el Sr. Sota.

Los nacionalistas catalanes, más enterados que los vascongados y más cucos, no han hecho hincapié en esta idea de la raza; aquellos datos de los índices cefálicos del doctor Robert los abandonaron como una fantasía sin valor, y han ido a afirmar la nación a la manera que la afirmaba Renan, como un todo espiritual, con una idea, con un lenguaje y con una dirección.

Otros sostenes además de la raza tiene el nacionalismo, la religión, el idioma, la cultura, la historia, la simpatía y la antipatía, y, por último, el interés.

Hablaré de todo ello de una manera rápida, no desde un punto de vista político y práctico, sino desde un punto de vista espiritual literario chapelaundiano.

De todos estos factores del nacionalismo, para mí en el catalanismo y en el vasquismo influyen, más que nada, la vanidad, la antipatía y el interés.

El catalán tiene una vanidad vidriosa, y le molesta y le irrita ser de un país, como España, que no figura hoy en el mundo. Ahí está el caso de la guerra actual. España no ha figurado, no ha tomado parte en el conflicto; los catalanes no podrán estar entre los aliados entre músicas, banderas y colgaduras. Esto le entristece al catalán, y ha llegado a creer que el resto de los españoles tiene la culpa, porque se acomodan a vivir sin brillo y sin fanfarria.

El catalán quiere ser interesante a toda costa. Así ha dicho Cambó: «Cataluña es el país más idealista y más romántico del mun-

do.» Mañana dirá: «Cataluña es el país más realista y menos romántico del mundo», y se quedará tan tranquilo. Los hombres del «Debe» y «Haber» son así. Al comenzar esta guerra se ha dicho por algunos catalanes: «Si el resto de España es germanófila, nosotros seremos francófilos; si es francófila, nosotros seremos germanófilos.»

En el fondo, es la vanidad, que yo no digo que no tenga sus cosas buenas.

Enfrente de esta vanidad, de este deseo de figurar, está el español pasivo, perezoso, sin deseo, que no siente la gran necesidad de figurar en el mundo.

Ante esta tranquilidad, el catalán se irrita. Los demás españoles dicen: «No se puede hacer eso hoy, ya lo haremos mañana, o si no no lo haremos.» Nosotros, los chapelaundis, decimos: «Esto se hace, y lo hacemos.»

Por un extraño contraste, el catalán, que tiene más apetito de gloria que el castella-

no, no tiene una tradición tan gloriosa como éste, sobre todo para el resto del mundo.

Para el extranjero, España es el Cid, es Don Juan, es el Quijote, es la Vida es sueño, son los cuadros de Velázquez y de Goya, es la conquista de América, son los chapelaundis del Bidasoa. Y en todo esto los catalanes han colaborado poco. Es decir, que la representación de la España gloriosa está, principalmente, en Castilla.

Castilla y las provincias unidas a ella tuvieron la suerte en el pasado de producir sus hombres más ilustres y de realizar sus más altas empresas en el momento en que la luz del mundo se dirigía muy principalmente a ellas.

Después vino la penumbra de España, cosa natural, porque la Península no tiene la pasta mineral catalana necesaria para ser una gran nación, y su explendor tenía que ser un explendor pasajero. ¿Cómo lu-

char desde la modestia de nuestros medios económicos actuales con ese momento brillante que dejó en el mundo la impresión de algo definitivo?

La cosa es difícil y tiene que desanimar al que la emprenda.

De aquí la acritud, la amargura de los catalanes al verse excluídos de unos hechos históricos definitivos e irremediables, y al comprobar que esos hechos deslucen los intentos modernos.

Esta es para mí la razón principal de que los catalanes no tengan amor por España. Se me dirá que la mayoría de los españoles tampoco tienen amor por Cataluña. Cierto. Esperar que unas regiones se amen a otras, que unos individuos tengan cariño por otros, es una utopía para todo el que no sea un chapelaundi; pero al menos podíamos contentarnos con que el «Amáos los unos a los otros» fuese en la práctica: «Soportáos los unos a los otros.»

Tampoco, sin duda, esto es posible ni en los individuos ni en las regiones.

El carácter hispánico tiene un fondo kabileño, inquieto, anárquico; este fondo se ha creado y se ha exagerado por la geografía de la Península que aisla las regiones unas de otras.

Julio César, que conocía muy bien a los pueblos, dijo a los españoles unas palabras muy severas después de la batalla de Munda.

«Habéis aborrecido siempre la paz de tal manera, que nunca pudo el Pueblo Romano dejar de tener entre vosotros sus legiones. Los beneficios recibís como injurias y estimáis por favores los agravios. Así, jamás habéis podido conservar ni la concordia en la paz ni el valor en la guerra.»

Aun descontando la irritación de César, yo me temo que en estas palabras severas haya un gran fondo de verdad.

Por lo menos, la concordia en la paz bien

claramente se ve que no la sabemos conservar.

Si se llega a establecer la autonomía de Cataluña a disgusto de los demás españoles, es de temer que éstos vayan hasta la ruina con tal de perjudicar a los catalanes, y los catalanes, a pesar de ser comerciantes y prácticos, hagan cualquier absurdo para mortificar a los castellanos.

Es así la raza: fácil para la saña, para la venganza, como es fácil también para el entusiasmo y la cordialidad.

¡Qué obra la de los catalanistas y bizkaitarras! ¡Excitar el odio inter-regional, fomentar el kabilismo español ya dormido! ¡Qué pobreza! ¡Qué miseria moral! ¡Qué fondo de plebeyez se necesita para emprender esa obra!

Esas gentes que llevan barretina, que es como un calcetín puesto en la cabeza, o esos vascongados de Bilbao, que gastan una boína tan pequeña que parece un solideo,

no pueden discurrir como nosotros Son *chapelchiquis*.

Hay que tener en cuenta que el insultarse no es necesario ni aun para la separación. Los noruegos no necesitaron insultar a los suecos para separarse de ellos; pero éstos eran chapelaundis.

Cierto que un escritor como Maragall reaccionó contra esta tendencia y ensalzó a todas las regiones de España; pero en sus versos laudatorios se notaba en el fondo la política.

Un problema parecido al nuestro se les presentó a los italianos al crear su unidad; también allí las provincias del Norte tenían incompatibilidades de humor con las del Mediodía, pobladas de gente infantil e irritable, también allí había intereses encontrados entre unos y otros; pero allí la Lombardía y el Piamonte eran países cultos, centro-europeos, países arios, como se hubiera dicho hace años, con serenidad, con

frialdad, y ejerciendo la hegemonía lograron armonizar el interés de todos y el sentimentalismo particular de cada uno.

¡Qué contraste con lo que aquí ocurre! Aquí cualquier motivo basta para irritar la vanidad catalana o la castellana o la vasca.

La vanidad vasca, quizá sería más propio decir la vanidad bilbaína, no tiene un carácter tan general como la catalana, es una vanidad individual de advenedizo, de nuevo rico.

El desdén del bilbaíno no se dirige al pueblo que se duerme, es el desdén por el hombre pobre de Castilla, de Asturias o de León, que va a Bilbao a buscar trabajo. De ahí ese mote despreciativo de maqueto. El maqueto es un García o un López, pero un García o un López pobre y desastrado, porque si este García o este López es rico y tiene un título, entonces ya no es un maqueto y el naviero rico o el comerciante bilbaíno le dará su hija para que sea la se-

ñora marquesa o la señora condesa y brille en Madrid. Este desdén se parece al que siente el americano por el italiano o por el español que va a América a buscar trabajo, es el desdén del chapelchiqui.

Al lado de este sentimiento, que nos parece un tanto cómico a los chapelaundis, hay otro sentimiento más recio y más fuerte: es el del vasco reaccionario y ultramontano. Este vascongado no ama el idioma castellano, porque el castellano ha sido para él el vehículo de las ideas revolucionarias, no ama tampoco a la Patria ni espera nada del Estado porque para él la única Patria es la Iglesia Católica y todo lo que no sea ella es una usurpación. Roma es la verdadera capital para el ultramontano y el Padre Santo el único rey, y si España se separa de esa ciudad y de ese monarca, abominará de ella.

Pasando a otro punto, no podemos tener los chapelaundis un desacuerdo cultural con

la España castellana porque hemos evolucionado con ella.

Así, Guipúzcoa, la provincia más pequeña de España, ha producido sus grandes hombres con un paralelismo perfecto con las regiones del centro. En la época de las luchas religiosas nuestro país da a San Ignacio de Loyola; después va produciendo sus conquistadores, sus marinos, sus Elcano, sus Legazpi, sus Urdaneta; tiene Guipúzcoa sus almirantes al servicio de España: sus Oquendo, sus Blas de Lezo; tiene un historiador puramente español en Garibay. En el siglo XVIII la *elite* de los guipuzcoanos es enciclopedista, volteriana; llega la batalla de Trafalgar y la figura más noble, más bella de esta lucha naval es la de un guipuzcoano: la de Churruca. En la guerra de la Independencia, nuestro guerrillero don Gaspar de Jáuregui («Archaya»), no tiene la prestancia de un Mina o de un Empecinado, pero es un hombre esforzado, va-

liente y sonriente. En la guerra carlista nuestro hombre es Zumalacárregui, la única figura genial de su partido, un verdadero chapelaundi.

Acaban las guerras y viene un período de política ciudadana un tanto mediocre, pero hoy se nota que los guipuzcoanos se preparan para el arte, para la literatura, y el nombre de uno de ellos, el del pintor Zuloaga, es universal.

En ninguno de estos períodos el guipuzcoano ha sido regionalista, localista; no se ha contentado con menos que con influir en la Península cuando no ha podido influir en el mundo.

«Estamos oprimidos por Castilla», dicen los nacionalistas. ¡Qué necedad! ¿Dónde está la opresión? Hasta se puede preguntar, ¿dónde está Castilla? Porque Castilla tiene menos realidad que cualquier otra región española.

El guipuzcoano no ha sentido nunca

opresión alguna, al revés, el guipuzcoano ha visto que era uno de los privilegiados de España, lo que le ha dado una posición aristocrática dentro del estado español.

Respecto a la cuestión del idioma, hay muchas preocupaciones que no tienen ningún valor. Ni en Cataluña ni en el país vasco se ha opuesto nunca nadie a que se hable y se escriba el idioma regional. Sin embargo, los nacionalistas catalanes y vascos creen que tienen grandes agravios que vengar, y uno de ellos es que los españoles llamen a sus idiomas dialectos.

La cosa no tiene importancia ninguna y en esto no se debate más que una cuestión de palabras. El dialecto, desde un punto de vista filológico, es la forma popular y especial de un idioma que no varía esencialmente la Gramática.

Históricamente, un dialecto, cuando se desarrolla, y, sobre todo, cuando muere su progenitor se convierte en un idioma.

Así sucedió a la lengua romana rústica, que dió origen, al desaparecer, a las lenguas neo-latinas.

Pero muchos creen que dialecto es una lengua que no es nacional y por eso suponen que el catalán, el gallego y hasta el vasco son dialectos.

Estos bizantinismos de jerarquía y de palabras creo que no tienen en sí importancia alguna. Respecto al posible empleo de los idiomas regionales en la vida moderna, no cabe duda que el más impropio para las necesidades actuales es el vascuence. Los demás, el catalán, el valenciano, el gallego, el bable, el caló mismo, como idiomas de sintaxis latina, sirven como el castellano o como el francés. El vascuence no, porque representa una mentalidad tan arcaica que es imposible amoldarla a la vida actual. Por eso retrocede, no porque nadie le haga la guerra, sino porque no sirve para la vida moderna.

Esto no creo que deba entristecernos a los chapelaundis; tampoco el hacha de piedra del período paleolítico sirve como un cuchillo de cocina. El hacha de piedra se guarda en el museo, el cuchillo de cocina se emplea en los usos domésticos.

Otra de las raíces del nacionalismo es la tradición y la historia. Estos dos conceptos parecen claros, pero examinándolos de cerca son como fantasmas, que al mirarlos detenidamente se desvanecen.

¿En dónde empieza la tradición? ¿Hay una sola tradición en un país?

En el siglo XIX se quemaban los Fueros en las plazas de nuestras ciudades. Eso no es lo tradicional; eso es la influencia extranjera, dicen los tradicionalistas. En el siglo XVIII lo mejor de la sociedad guipuzcoana era enciclopedista: Peñaflorida, Eguía, Altuna, el marqués de Narros, lo eran. Eso tampoco es tradicional. Es también extranjero, asegurarán nuestros tradicionalistas.

Según Estrabón, en su tiempo los vascongados no tenían Dios, y un obispo del siglo xv, el Gerundense, afirma que en su época los vascongados no eran todavía cristianos.

¡Ah!, eso tampoco es la tradición, nos dirán los tradicionalistas. ¿Pues entonces qué es la tradición? ¿A qué andar buscando en el guardarropa, si en el fondo lo que buscáis es el roquete del sacristán?

Aunque existiera la tradición única, no tendría un valor absoluto. Las cosas no son buenas porque sean viejas; las leyes tampoco son mejores porque sean antiguas.

Con las leyes viejas le pasa a la gente lo contrario de lo que le pasa con los muebles viejos.

Algunas veces, cuando va algún chapelaundi a un pueblo de la orilla del Bidasoa y elogia uno la casa de un baserritarra suele decir la echeco-andria:

—Muebles viejos solo tenemos.

Yo suelo argüir que el que los muebles sean viejos no quiere decir que sean malos; como el que las leyes sean viejas tampoco quiere decir que sean buenas.

Hay muebles viejos buenos y malos; como hay leyes viejas buenas y malas. La antigüedad por sí sola ni es un mérito ni un defecto.

Hacer de las palabras fetiches y adorarlas nunca ha entusiasmado a los chapelaundis. Los tradicionalistas vascos creen como todos los reaccionarios que el mundo va del más al menos, por eso pueden entusiasmarse con las leyes viejas solo porque son viejas. Nosotros los progresistas, los evolucionistas, los verdaderos chapelaundis creemos que el hombre ha venido muy de abajo, que va en una marcha ascendente y no podemos entusiasmarnos con lo antiguo solo porque es antiguo.

Hoy un nacionalista vasco dirá que quiere los fueros porque son leyes viejas (legue-

zarrac), pero no tendrá más remedio que suponer que en el tiempo que se promulgaron eran leyes nuevas. Es decir, que el tradicionalista de hoy pide lo que quería el modernista de ayer.

Yo no sé el valor de actualidad y de eficacia que pueden tener los fueros. Estas cuestiones de derecho y de legislación no me han atraído nunca. Para mí el tipo del abogado y del leguleyo es una calamidad nacional.

Don Ramón de Belausteguigoitia en su folleto *Las Bases de un gobierno nacional vasco* afirma en un capítulo que las leyes vascas (los fueros) no son arcaicas, ni inservibles, lo que no es obstáculo para que en el capítulo siguiente reconozca que la representación electoral en la forma foral antigua es tan inadecuada para las necesidades modernas que habría que variarla.

El señor Belausteguigoitia asegura tam bién que las federales de Suiza y de Norte

América han recibido inspiraciones de la Constitución vasca. Quizá sea cierto, pero no lo vemos afirmado en ninguna parte.

Se habla en los libros con relación a la antigüedad de las Constituciones de Atenas, de Esparta y de Roma; en lo moderno de las de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, yo no he visto que se tome como modelo la Constitución vasca; se habla de las leyes de Moisés, de Licurgo, de Minos y de Dracon, yo no se que los vascos hayamos tenido ningún gran legislador, y yo por mi parte no lo echo de menos.

. No me parece lógico que los vascos, habiendo vivido una vida esencialmente rural y sin haber tenido grandes ciudades hayan inventado formas de vivir ciudadanas.

Nuestro amigo el doctor Madinaveitia, de Eibar, en una conferencia que ha dado en el Centro Obrero de San Sebastián, acerca del nacionalismo cae en esta paradoja.

Madinaveitia dice que los vascos somos humildes, muy humildes, hijos de aldeanos, y que, sin embargo, nuestra antigua legislación es tan admirable que la han imitado los demás países. La cosa me parece un contrasentido. Aldeanos humildes que hacen legislaciones tan maravillosas dejan de ser aldeanos humildes.

Yo no creo que los vascos sean más humildes ni menos humildes que los demás pobladores primitivos de Europa, ni que su legislación sea tan admirable.

Tenemos todos una tendencia a considerarnos como tipos de excepción, como ejemplares de vitrina de un museo arqueológico, tendencia que me parece absurda y fatal.

Respecto a lo que llaman tradición están nuestros nacionalistas dentro de una actividad mixtificadora. Se inventan tradiciones como antes se inventaban reyes de Navarra, de Castilla y Decretales de Pontífices.

Nuestros nacionalistas vascos tienen como se sabe gran inquina al castellano y al latín, cosa extraña considerando como consideran a este último idioma como un idioma sagrado. Ellos pueden decir en la iglesia Santa María: Ora pro nobis, pero María dicho en la calle es algo terrible para un bizkaitarra, y para libertarse de tal abominación han ido a buscar el original de este nombre en la lengua de los ropavejeros y los prestamistas, o sea en la lengua judía y han encontrado que es Myrian, y ahora el diminutivo de María en vasco no es Marichu sino Mirentchu. Es una forma que se ha inventado ayer, pero no importa. Es ya tradicional.

Respecto a la historia tendría un valor no absoluto sino muy relativo si estuviera depurada y comprobada. ¿Pero en qué región de España se encuentra la historia en ese estado? La historia de España está por hacer. La actual no es más que una novela pesada y sin ningún valor.

El criterio historicista es un criterio infantil que no se preocupa más que de bagatelas. Así hay navarro que se lamenta de que en el escudo de Guipúzcoa haya los cañones cogidos por los guipuzcoanos a los navarros, lo que considera como una ofensa a la fraternidad vasca.

A mí al menos me parece esto tan poca cosa que como guipuzcoano y como chapelaundi estoy dispuesto a ceder la parte alícuota que me corresponda de esos cañones sin ningún inconveniente.

Otro motivo del nacionalismo espiritual es la cuestión de la cultura. ¿Existen focos de cultura especial en España? Ojalá los hubiera, pero hay que reconocer que no los hay. España está rasa de cultura organizada. Si cada región de España o cada nación, por el nombre no es cosa de reñir, fuera una como el Atica, la otra como la Beocia, la Arcadia o la Esparta, esta misma diferencia produciría una armonía,

pero por ahora todas nuestras regiones son una misma Beocia sin originalidad y sin bríos.

Al par que esta cultura deficiente hay en las regiones de España un paralelismo en los instintos que hace que para un extranjero toda la península sea idéntica.

Se quiere defender con la política nacionalista el espíritu regional, provincial, ¿pero dónde se encuentra éste? ¿qué carácter tiene? ¿En qué consiste?

Yo al menos no lo sé. Yo veo que el carlista catalán, el castellano y el vascongado no se diferencian en nada ideológico que el socialista y el republicano de las distintas regiones se confunden.

¿Así qué no hay diferencia regional ninguna?—me preguntarán—. Sí, sí la hay, pero es una diferencia que apenas puede transcender a la política. Hay, no cabe duda, un matiz sentimental especial en cada región, pero este matiz se encuentra vaga-

mente expresado en la poesía y en la música populares, en las costumbres; puede servir para informar una clase de literatura o de arte, pero no bastará para hacer leyes distintas.

Así un político catalán, castellano o vasco no se diferenciaran en nada, usarán todos las mismas ideas y los mismos lugares comunes, en cambio, un escritor y un músico se distinguiran.

Yo, por ejemplo, no siento hostilidad alguna para la gente del Mediterráneo, aunque me han acusado de esto los catalanes, però tampoco tengo con sus escritores y artistas una hermandad espiritual.

A mí, en general, los escritores catalanes y todos los del Mediterráneo me aburren; me aburre Blasco Ibáñez, me aburre Salvador Rueda, me aburre también Ricardo León. Su obra entera me parece caligrafía pura.

Un pintor catalán me decía hace dos

años en un café de Barcelona: «Cuando veo un tiempo como el de hoy, obscuro, lluvioso y triste me acuerdo de los libros de usted.»

Y yo, que encontraba muy lógico lo que me decía, le contestaba:

—Yo cuando leo a los escritores catalanes me parece que estoy en el gabinete de un dentista.

Hoy por hoy no hay espíritu regional, apenas hay espíritu español moderno. La mayoría de nuestras capitales traducen y traducen exclusivamente del francés. Así se ha visto toda la mediocridad aliadófila repitiendo los lugares comunes franceses. Vivimos arrastrados más que nunca por la influencia de París. Ya en Bilbao para proyectar un jardín han llamado a un jardinero de París. ¡Y luego supondrán que tienen una cultura original esos chapelchiquis! Por que yo comprendo que se llame a un técnico para que planee una estación o un

almacén de bacalao o una fábrica de quesos, pero ¡para hacer un jardín! ¡para una cosa tan íntima! Me parece lo mismo que si un joven le dijera a su maestro: «Dígame usted que tipo de mujer me va a gustar.»

Caer en la influencia omnímoda de París es ir a la anulación espiritual. Se nos darán las ideas hechas, las consignas acordadas, como ahora se nos han dado con la guerra y los españoles se las irán tragando como pavos que se engordan con nueces.

Creer que con la cultura catalana, retórica, de juegos florales; y con la exigua, casi nula, cultura vasca van a poder defenderse de la asimilación de la cultura francesa es una ilusión.

Si Cataluña se separa de España, antes de cincuenta años será espiritualmente francesa.

A Vasconia le pasará lo mismo si es que los ingleses no pretenden tener aquí una gran influencia.

Y no será porque lo quiera Francia, ni porque lo quiera Inglaterra, será la fuerza de los hechos la que producirá esa asimitación.

Alguno dirá: «Si nos asimilan mejor.»

Está bien. No seremos los chapelaundis los que rechazaremos ninguna posibilidad. Si los franceses o los ingleses quieren traernos ciencia, industria, técnica, sean bien venidos; ahora si no quieren más que regalarnos un saldo de política democrática y de literatura de boulevard, se pueden quedar en casa.

A un país de tendencia regionalista lo que le conviene es una capital como Madrid o como Roma, pueblos decorativos sin fuerza, sin gran industria ni comercio; el uno, Roma, con una gran tradición histórica universal, el otro, Madrid, con una tradición literaria y artística nacional.

Porque Madrid ha cumplido su misión de capital. ha conservado hasta ahora, a

pesar de haber sido durante mucho tiempo materialmente un villorrio, su cultura y su internacionalismo. Así Cervantes, Lope, Calderón, Velázquez, Goya, Espronceda, Larra son Madrid. Madrid ha tenido la altura, y sin un río serio, sin un campo fertil ha sido algo. ¡*O altitudo!*, se puede decir como el apóstol, pensando en el pasado de la capital de España.

Respecto a la supuesta religiosidad de los vascos, mayor que la del resto de los españoles, según opinión general, yo no la veo por ningún lado. El vasco no tiene inquietud religiosa alguna. Al aceptar la teocracia no hace más que aceptar una norma fácil, una disciplina cómoda para la vida.

Con relación al interés parece lógico y práctico a primera vista que las regiones ricas se quieran separar de las pobres. Es un sentimiento egoísta, mezquino, pero muy natural. Quizá a la larga no sea tan prácti-

co como parece. Séalo o no lo sea lo que no comprendo es que se odie a la región pobre y a sus habitantes por pobres. Esto será siempre una aberración, un sentimiento despreciable para un verdadero chapelaundi.

Aquello que se contaba de Arana y Goiri que cuando veía a un pobre castellano le decía: «Vaya usted a que ie socorra el cónsul de su nación»; es ridículo y bajo, más ridículo aún cuando se cree en esa máxima cristiana de que todos somos hermanos, máxima que ninguno y menos los que se llaman muy cristianos llevan a la práctica.

Alguna persona con sentido crítico me dirá: Estas razones que usted aduce pueden ser buenas o por lo menos discutibles, ¿pero qué valor tendrán si el sufragio general se decide por una fórmula nacionalista? Yo aun así pienso que una razón puede ser razón aunque no la acepte nadie.

Nunca he creído en el valor absoluto de la democracia y del número. El número la mayoría de las veces no es más que la barbarie.

La democracia a mi modo de ver no es más que el solar que ha producido el derrumbamiento del antiguo edificio social; pero yo creo que esto no quiere decir que no se haya de formar con el tiempo otro edificio con sus pisos y sus categorías.

Nos es necesaria una jerarquía, pero una jerarquía racional. Ya estamos cansados de tener en la cumbre de la sociedad aristócratas enteros, advenedizos ricos y comerciantes de bacalao.

Entre las masas obreras ha comenzado ya una forma de organización extra democrática: el sindicalismo, que es más técnico, más inteligente y más eficaz que las formas de asociación del siglo XIX.

Todas estas vagas razones, la mayoría

muy obscuras, se traducen en que los vascongados quieren fueros y autonomía.

Para mí no vale la pena de que un pueblo sea autónomo si no tiene que mostrar al mundo algo que le enseñe, que le interese o que le conmueva.

A mí no me importa nada que exista o que no exista la República de Andorra.

Todo lo que no sea en algún sentido universal no tiene razón de ser.

Queremos fueros, dicen los nacionalistas vascos, leyes diferentes al resto de España. ¿Para qué? ¿Qué tenéis que defender? ¿Qué dirección espiritual teméis que se vaya a malograr?

Yo no veo más sino que queréis que haya más intolerancia religiosa, más frailes, más procesiones, más entronizaciones y más faramalla clerical de aire judaico.

Yo no veo en las provincias vascongadas—y lo siento—un espíritu distinto al mal espíritu español. En San Sebastián como

en Bilbao, en Vitoria como en Pamplona se celebran las frases churriguerescas de Maura, los malos chistes de Romanones y los gorgoritos de don Melquiades; aquí como allá se discuten en los cafés las estocadas del «Gallo» y de Belmonte, y en esto no veo que nos diferenciemos en nada de Sevilla, de Cuenca o de Guadalajara. Las gracias que se repiten en toda España, salen de los teatros de Madrid, y el cuplé generalmente estólido de la Imperio y de la «Chelito» llega a Port Bou y al puente de Behobia.

Alguno dirá: ¿Y eso qué importa para la política? ¡No ha de importar! Para la política verdadera eso es todo.

Suponed que con el estado actual del país vasco se otorgan los fueros ¿y qué pasará? Pues sencillamente, no pasará nada. Unicamente habrá una ceremonia más. El Rey irá a Guernica o a donde sea, acompañado de un séquito de grandes capitalis-

tas, de militares y de cuatro o cinco obispos. Se echarán discursos; una nube de fotógrafos harán fotografías y al día siguiente se vivirá lo mismo y no habrá más diferencia que se instituirá en el país vasco una procesión más, una adoración nocturna más y una entronización más.

Yo no siento ningún entusiasmo por una autonomía que no ha de resolver nada. Si se quisiera hacer de Vasconia una Florencia, del tiempo de los Médicis, o una Weimar del tiempo de Goethe, nosotros los chapelaundis pondríamos nuestro entusiasmo y nuestras fuerzas; ahora si se quiere hacer de nuestro país un Paraguay del tiempo de los jesuítas o una Andorra todos lucharemos contra ese oprobio como podamos...

Pero no quiero insistir más en lo negativo. He expuesto de una manera un tanto desordenada la parte crítica de mi trabajo y voy a pasar a una parte de más afirmación.

Yo, como he dicho antes, no veo que haya una modalidad vasca peculiar característica, pero puede haber una obscura aspiración de que exista.

Si se quiere que esta aspiración aumente la primera condición es descubrir esa modalidad, crearla, constituirla, organizarla y convertirla en ideal. Hay que expandir el chapelaundismo por el mundo entero. Hacer chapelaundis. ¡Chapelaundis, for ever!

Para esto hay que estudiar profundamente el país, desentrañar el carácter de los habitantes, conseguir para el arte y para la literatura el paralelo estético y moral y trabajar en él. Hay que apoyarse en nuestro parentesco con Castilla, como ha hecho Zuloaga y buscar elementos ideológicos en los pueblos unidos por el mismo mar, Francia, Inglaterra, Irlanda y también Alemania, país que con la Grecia antigua ha contribuído más a la emancipación del espíritu humano.

Si realmente se llegara a crear un espíritu vasco, un ideal vasco, y este espíritu y este ideal pudieran fracasar o perderse por la influencia de una presión central, aun no encontraría legitimado el cortar las relaciones con Castilla; pero si se llegase a formar esta nación vasca le pondríamos los chapelaundis, yo al menos sí, una condición fundamental imprescindible, que sería la autonomía individual con la libertad absoluta de conciencia para vascos y para no vascos que viviesen en el país. Sin ella le haríamos la guerra constante. Otra condición importante sería la de la autonomía de las ciudades y de las villas.

No queremos nada con esos pequeños estados de las Diputaciones que no son más que organismos reaccionarios y solapados, que van contra toda idea moderna y a favor de los conceptos viejos.

Si fuera posible, que no creo que lo sea, y hubiera alguna vez una campaña de cul-

tura intensa, una especie de Kultur-Kampf en el país vascongado, nosotros la consideraríamos como la única salvadora.

Pero no lo creo posible. El catolicismo es la concreción del espíritu latino, y el pueblo vasco es esencialmente católico y a base de latinismo y de catolicismo hoy no puede haber gran cultura.

El desligarse de Roma y del espíritu latino traería la posibilidad de hacer algo original en el pueblo vasco. Yo confieso que para los chapelaundis sería hermoso como ensayo hacer de la zona del Bidasoa española y francesa un pequeño país limpio, agradable, sin moscas, sin frailes y sin carabineros.

Pero esto es un sueño. Hay una intolerancia demasiado fiera en nuestras provincias para que brote una flor espiritual y no hay espiritualidad que pueda soportar el yugo abrumador de la teocracia. Comprendemos que pensar en la nación del Bidasoa

tolerante, libre y amable es cosa bella para un chapelaundi, pero es perfectamente utópica.

Si ésta no es viable, yo al menos no deseo la nación autónoma vasca que nos ofrecen los bizkaitarras. Mejor que esa nación teocrática preferimos el estado actual, que permite al país vasco y al Bidasoa cierta libertad de movimiento.

La nación vasca obligaría a todos a ser políticos, y por ahora, al menos los vascongados, no hemos demostrado grandes condiciones para la política. Todo eso de los mitins, de las reuniones al aire libre, toda esa mandanga de la política está bien para los pueblos del Mediterráneo, para los pueblos histriónicos que tienen la tradición del ágora griego y del *fem de brut* tarasconense, para nosotros no, nosotros debemos de ser más íntimos, menos callejeros.

El otro día en el *batzarre* de Lesaca me decía un amigo:

—Esto es muy antipático,

Durante el siglo XIX el español se ha pasado la vida pensando en formas huecas de la política; si tiene que haber una cámara o dos, si debe haber Reino o República.

Yo creo que ya es hora de relegar a segundo término esas cuestiones formales.

Primero vivir, después filosofar, decían los antiguos y se podría añadir y en último término politiquear.

Yo creo que los chapelaundis no debemos entrar de lleno en esa lucha basta y trivial de la política. Con ella no se conseguirá más que hacer perder la ingenuidad al hombre del campo y llevar al histrionismo más desvergonzado al hombre de la ciudad.

En todos los pueblos del mundo la política produce un elemento ambicioso, arrivista, bajo e inmoral. Político y chanchullero son sinónimos. Si en los países pe-

queños, en donde hay pocos hombres que se distinguen, se dedican éstos a la política y abandonan las artes y la industria, las profesiones científicas y literarias, esto será una merienda de negros, y después de un período de Beocia reaccionaria tendremos un período de Beocia política.

Ya tenemos nuestros abogadetes que están pensando en echar discursos y en enseñar los puños brillantes de la camisa imitando a Maura o a don Melquiades desde la tribuna del Congreso de Navarra o de Vizcaya.

Algunos creen que la política general española es distinta de la política local catalana o vizcaína. Es igual. No hay más diferencia que la política general española es una política íntegra de logreros y la política local es mixta de logreros y de fanáticos.

Yo creo que la única orientación buena, simpática, civilizadora en nuestras provin-

cias, fué la de la Sociedad Económica Vascongada. Aquellos hidalgos abuelos nuestros, aquellos caballeritos de Azcoitia, verdaderos chapelaundis, comprendieron lo que necesitaba nuestro pueblo.

Se llamaron Amigos del País. ¡Cuánta más cultura, cuánta más humanidad representa ese nombre solo que no ese cerril y obscuro bizkaitarrismo!

Desgraciadamente aquella tendencia culta y humana se interrumpió con la demagogia negra que produjo la guerra de la Independencia y la guerra carlista.

Yo creo que si hay que seguir alguna tradición en nuestra tierra es esta de los Amigos del País. Seguirla significaría estudiar las ideas, las costumbres, los oficios, las artes; pensar en la vida de sociedad, en el embellecimiento de los pueblos, en el cuidado de los paisajes... Seguirla significaría intentar una vida nueva, bella, amable... Seguirla sería, en resumen, hacer de cada

vascongado un chapelaundi del Bidasoa y de los otros Bidasoas del país.

Dice Kant en una nota de su *Antropología* que los turcos que tienen gran sagacidad y condiciones de observación negativa si viajaran por la Europa civilizada, a la que denominan Frankestan, llamarían a Francia el país de la moda, a Inglaterra el del capricho, a España el de los antepasados...

Cuando yo pienso en esto me entristezco. Es hora, amigos míos, de que los españoles y los vascos no seamos solo de un país de antepasados, sino que pretendamos también ser de un país de presente y de porvenir.

Es hora de que seamos verdaderos chapelaundis, de que tengamos amplitud bastante para despreciar la vida defensiva y para no pedir la casilla estrecha y segura.

Y si las gentes mezquinas que necesitan que España se disgregue están en mayoría

que se disgregue, que se separen las regiones unas de otras y se vaya cada cual por su lado, pero hagamos la despedida general más bien con una sonrisa que con una amenaza. Al fin y al cabo, por esto no se ha de hundir al mundo, ni la tierra de España ha de desaparecer en los mares.

Si las patrias y los templos se derrumban no lloremos sobre ellos, pensemos que se levantarán otros mejores y que al fin y al cabo la patria del hombre es el mundo y el mejor templo la naturaleza.

Si hacemos esta disociación sin muertes, asolamientos ni otros disparates y el hacerlo es un error más de los españoles, al menos si tenemos que reunirnos mañana de nuevo y no hay sangre de por medio no habrá tampoco un obstáculo grave para la unión.

Esto es amigos y compañeros lo que tenía que deciros al celebrar este acto el secretario de la Academia Científico-Lite-

raria y Chapelaundiense de Cherribuztango-erreca.

Ahora, señores, basta de preocupaciones serias. ¡Vengan los líquidos espirituosos! Establézcase una corriente de alegría y de facecia, y si el mundo tiene que dar el trueno gordo que lo dé sin molestarnos demasiado. Cuenta con nuestro permiso. Buenas noches.» (Aplausos. La orquesta toca el himno Beti Chapelaundiyac (siempre Chapelaundis y Gora Bidasoadi.) (Arriba el país del Bidasoa.)

LOS MITOS DE LOS ALIADOFILOS

(Notas para un ensayo de pirronismo sobre las ideas actuales.)

La guerra ha demostrado que el depósito de brutalidad que tiene nuestra especie está intacto.

No somos tan sabios como Platón o como Aristóteles; pero tan brutos como en cualquier otro período sí lo somos.

Todo hace creer que no hay progreso en el mundo; el hombre de hoy es más sabio, más técnico que el de ayer, y vive en

una sociedad más perfecta. Lo que no se advierte es que sea mejor.

No vamos a defender la teoría del retorno de los sucesos ni la de los círculos que rejuveneció en su tiempo Vico, tomándola de los antiguos filósofos griegos.

Se puede sospechar que la afirmación o la negación del progreso no sea más que una manifestación de la fisiología individual. Los hombres sanos, enfáticos, optimistas, un poco vacuos: los Víctor Hugo, los Michelet, los Castelar, son creyentes en el progreso; los hombres mal humorados, pesimistas, y los de sentido crítico agudo: los Buckle, los Schopenhauer, los Renán, dudan de esa evolución teleológica hacia lo mejor.

Esta forma distinta de concepción se advierte también en la manera de escribir la historia; los grandes inventores de síntesis, los Herder, los Schlegel, los Hegel, tienden la tendencia a no comprobar los

datos, a aceptarlos, a dar a los hombres y a los acontecimientos un carácter mítico de símbolo; los historiadores de detalle tienen, en general, la actitud agnóstica de duda.

Si la guerra ha demostrado que el hombre que lucha es hoy tan fiero como en tiempo de la raza de Cro Magnon, nos ha indicado también que tiene el mismo dogmatismo fanático que en la Edad Media. Germanófilos y francófilos, en un país neutral, como España, se odian con el mismo fervor que antiguamente se odiaban moros y cristianos, judíos y católicos, güelfos y gibelinos.

Si hubiera todavía Inquisición o Tribunal revolucionario; si existiera en España un Torquemada o un Fouquier Tinville, con atribuciones, todos los días habría una ejecución o un auto de fe.

Si no se prende o no se mata, es porque no se puede.

Estamos en ese momento en que el gran

mérito de un partido es ser exaltado; de aquí la glorificación de los periodistas políticos, monos aulladores, que hacen, además, de tambor mayor, colocándose al frente de la plebe que marcha.

En la España contemporánea no ha habido nunca valores intelectuales directores y eficaces; pero ha habido siempre cierta frialdad, cierta serenidad que ha permitido la crítica. Hoy esta serenidad se ha turbado, por el apasonamiento despertado por la guerra. Unida como está España a los países aliados, nuestro pequeño mundo intelectual, que es casi en bloque aliadófilo, ha aceptado la consigna de la Europa occidental con una humildad un poco ridícula, y ha considerado sus mitos como verdades incuestionables.

Yo me he resistido a la aceptación íntegra de esta consigna, primero, porque no creo en la infalibilidad de los aliados; segundo, porque no tengo gran admiración

por nuestros escritores aliadófilos para que puedan arrastrarme. Llevado, pues, por cierto pirronismo de temperamento, he dudado de las consignas de París y de Londres, como de las de Berlín y de Viena.

El primer mito puesto en circulación por los aliadófilos es el de la crueldad y barbarie exclusiva de los alemanes.

¿Se puede creer que un alemán es capaz de sacar los ojos a un prisionero o de cortar las manos a un niño, y un francés o un inglés, no?

La cosa es un tanto dudosa. No hay razón para que existan diferencias tan transcendentales en países de raza idéntica, de historia parecida y de cultura similar.

Los antecedentes tampoco abonan esta posibilidad. Ingleses y franceses han hecho, como todos los pueblos conquistadores del mundo, horrores en sus colonias; estos belgas que se consideran hoy tan pacíficos, tan bondadosos, se comportaron

como una de las gentes más interesadas, más fríamente crueles, en el Congo.

¿Se puede creer que los búlgaros sean unos salvajes, y los servios, de la misma raza y de la misma historia, no lo sean?

¿Se puede pensar que los italianos han estado suponiendo que alemanes y austriacos eran buenas gentes hasta que se han convencido, al año de la guerra, de que eran unos bandoleros?

La afirmación parece absurda.

Si Alemania fuera un país como lo quieren pintar, tendría siempre una criminalidad especial, aun en tiempo de paz; serían los alemanes algo como los «thugs» de la India, y no parece que sean así.

Otro mito como el de la crueldad exclusiva de los alemanes, es el del militarismo exclusivo germánico. No parece sino que en Francia no hay monumentos dedicados a los militares y a los guerreros.

Siguiendo la mitología aliadófila, se ha

inventado una psicología especial para la guerra.

Según nuestros aliadófilos, los aliados hacen una guerra humana y sonriente. Cada soldado es una ninfa pálida y espiritual, o un niño lleno de inocencia y de candor. Entre estos «bebés», los peludos viejos, con sus pipas, representan el buen humor, la bondad...

Estamos en plena novela del vizconde de Arlincourt o de Pérez Escrich. En cambio, los alemanes son siempre rastreros y cobardes, y cuando han avanzado, según ha descubierto ese *gran genio francés* que se llama Marcel Prevost, han avanzado llenos de miedo; a un lado de la frontera no hay más que ignominia, brutalidad, insania; al otro lado todo es idilio.

Los alemanes son de una inferioridad manifiesta en todo. Según nuestros periodistas, los alemanes no pueden comprender las cosas más sencillas.

He oído asegurar seriamente al doctor Simarro que un alemán no puede comprender la ironía del «Príncipe», de Maquiavelo.

Una raza que ha producido hombres de un ingenio irónico, tal como Hoffmann, como Juan Pablo Richter, como Goethe, como Heine, como Nietzsche, no entiende lo que entiende el doctor Simarro.

Es una afirmación de una fuerza cómica extraordinaria. Claro que ninguno de esos hombres entenderían la ironía del «Príncipe», de Maquiavelo, porque, sencillamente, no la tiene.

Otro de los mitos, considerado como verdad indiscutible, es el del espíritu íntegramente francesista de Alsacia y Lorena. Los que hemos conocido alsacianos pangermanistas, no podemos creer en tal afirmación.

Los franceses inteligentes reconocen que Alsacia y Lorena son pueblos germánicos,

por su raza, por su lengua nativa, por la toponimia del país, por su historia y por sus tradiciones; pero alegan que desde que Alsacia y Lorena pertenecieron a la nación francesa—es decir, desde Luis XIV hasta la caída de Napoleón III—, se asimilaron a Francia. No negaremos el hecho; no tenemos datos para afirmarlo ni para negarlo; pero si Francia pudo asimilarse un país germánico en el período desde Luis XIV a Napoleón III, ¿por qué Alemania no ha podido hacer lo mismo desde la guerra del 70 a acá con un territorio de raza más similar a la suya?

Por otro lado, si Francia se asimiló a los alsaciano loreneses, y tiene derecho a ellos, Alemania se ha asimilado a los polacos mucho más todavía, pues parece que en la Polonia alemana apenas sabe ya nadie el polaco.

Si el criterio ha de ser el de la asimilación, este criterio debe ser general.

La prueba de la asimilación alemana en Alsacia y Lorena es que Francia no acepta la consulta al país. Sabe que en un plebiscito saldría, probablemente, perdiendo. A esto dicen los francesistas que las familias que huyeron después de la guerra del 70 de Alsacia y Lorena son alsacianos y loreneses; y que, en cambio, no lo son los hijos de alemanes nacidos en esos países. Es decir, que el alsaciano de Estrasburgo, hijo de padres germánicos, que vive en un país primitivamente germánico, no es alsaciano.

Con este criterio, ¿quién va a definir quiénes son alsacianos y loreneses y quiénes no?

Se ve en esto cómo esas soluciones de la democracia—el sufragio, el referendum—, que parecen tan evidentes, no son en la práctica nada. Si se hiciera la consulta al pueblo en Alsacia y Lorena con toda clase de garantías, y si resultase, como resulta-

ría, que parte de la población estaba por Francia y parte por Alemania, ¿quién de estas naciones tendría mejor derecho? ¿La que tuviese la mitad de los votos más uno? La cosa sería tan absurda y tan necia, que produciría risa.

Esta misma disparidad de criterio, que se ha puesto en evidencia en Irlanda, aparecería en Trieste, en Malta, en Gibraltar, en todos los pueblos en litigio, si se les consultara.

Se nota cómo el tan decantado derecho, llevado a la práctica, no es más que una superchería ridícula para uso de profesores pedantes.

Otro de los mitos que se ha desarrollado durante la guerra, pero que procedía de antes de ella, ha sido el de la influencia omnímoda del kaiser.

Según nuestros aliadófilos, Alemania no era más que un reflejo de la mentalidad del kaiser. El kaiser lo hacía todo, daba las

ideas científicas, artísticas y literarias a su país.

No había Alemania, no había más que kaiser.

Yo siempre he defendido que esto debía de ser perfectamente falso, y que el kaiser no hacía más que de banderola en su país. Su actuación en la guerra, mediocre, puramente retórica, ha comprobado lo que yo pensaba. La facilidad con que los alemanes prescinden de su emperador, desde el momento que se ha iniciado su desastre, prueba lo mismo.

Otro último mito aliadófilo, que desde hace días llena el mundo, es el mito Wilson. Wilson nos aparece con una túnica blanca, limpio de todos los pecados humanos, lleno de unción evangélica.

¿Podemos creer tan en bloque en la pureza, en la bondad, en el altruísmo, etcétera, etc., de este hombre? Este Marco Aurelio de la gran República de los *trusts* y de

las máquinas de coser, es de un país en donde se han exterminado y se exterminan metódicamente a los indios, de un país donde se lincha a los hombres porque el uno es negro y el otro amarillo; país de enormes chanchulleros, de terribles inmoralidades públicas; país en donde se conquista Puerto Rico o Filipinas cuando pertenecen a una nación débil; país, en fin, que tiene relaciones amistosas y protectoras con hombres de una moral tan alta como Pancho Villa y demás bandidos mejicanos.

Wilson, el único, el árbitro de la política, la flor del arrivismo, es un apóstol; el príncipe de Baden, que personalmente no puede ganar nada con su cargo de canciller, es un personaje sospechoso. Así nos lo aseguran los aliadófilos.

Hay, claro, siempre gente interesada en demostrar que desde este monte o desde este mar para allá, los hombres tienen más de tigres o de cerdos que de personas, y

que desde esos límites para acá los hombres son angelicales. Yo, como no creo en estas fronteras de moral, supongo que el hombre no es muy diferente aquí o allá.

¿Ignoran esto los políticos? ¡Cá! Seguramente lo saben, pero les conviene lanzar los mitos y hacer que el buen pueblo se trague grandes píldoras.

La hipocresía reina en la política aliadófila, desde arriba hasta abajo; así como la gemanófila ha sido política de militar torpe y bárbaro, la aliadófila es política de comerciante y de cuco.

Así estamos viendo ahora a una porción de políticos y de periodistas, reaccionarios en España, aduladores de la corte y del ejército, limpiabotas del rey, entusiasmarse con la revolución en Hungría o en Dalmacia.

Revolución, y no por mi casa, dicen ellos. ¡Claro! Si viniera la revolución, los barrería.

Ciertamente este momento no es el más a propósito, desde un punto de vista personal y práctico, para hablar de los mitos aliadófilos.

El éxito de los aliados en la guerra es evidente, y sus representantes de España cantan victoria, y si pudieran tomarían represalias. El ser germanófilo basta hoy para ser un tipo absurdo y odioso. Se acabó Alemania. Se acabaron todos sus grandes hombres, desde Lutero hasta Nietzsche. Ya no existen ni Kant, ni Herder, ni Goethe, ni Schopenhauer, ni Beethoven, ni Mozart. Hoy hay que gritar: ¡Viva Romanones! ¡Viva Romeo! ¡Viva Antón del Olmet! ¡Viva Melquiades!

Para los que no dependemos del público, ni nos importa el ambiente periodístico, la opinión general no nos intranquiliza. Hay que nadar contra corriente; eso es todo.

Ahora la marea aliadófila sube con el éxito y nos ha de cubrir a los pocos no

conformistas, sobre todo a los que no tienen, como yo, asidero ninguno en las gentes de la derecha; pero cuando la guerra acabe volverán las aguas a sus cauces normales. Entonces, cuando pueda darse el hecho comprobado por todos los conductos, aceptaremos lo que nos parezca verdad y rechazaremos lo que nos parezca mentira, aunque nuestra opinión pugne con la del grave y pedantesco sanedrín aliadófilo.

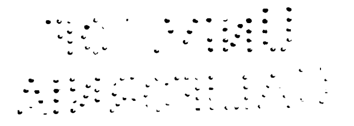
Y aunque no hubiera esta posibilidad de revisión, a mí no me preocuparía. Yo creo que la consecuencia, o si se quiere la constancia en la inconsecuencia habitual, no es un mérito que alegar de una manera lacrimosa y triste, a estilo de los federales españoles; la consecuencia o el derecho a la inconsecuencia habitual es un lujo, y, por lo tanto, algo alegre y magnífico; por ella se puede arrostrar con gusto el aislamiento y la mala voluntad de las gentes.

Vuelvan o no vuelvan las ideas a sus cauces normales, perjudique o no perjudique socialmente el ser germanófilo, yo, al menos, defenderé mis ideas contra el avance del rebaño de los monos aulladores, halagados por el éxito, con una relativa constancia alegre, ligera y jovial.

Noviembre, 1918.

* * *

Me han dicho que algunos periódicos, a sueldo de las Embajadas aliadas, contestaron a este artículo insultándome personalmente. No es cosa que me importe. Ni siquiera he leído esos insultos. No todo el mundo puede vivir de su trabajo y mucha gente tiene que vivir de la adulación. El oficio de criado es cómodo, pero tiene sus



fealdades; el ser hombre independiente es a veces incómodo, pero tiene sus satisfacciones. Yo he elegido el ser hombre independiente y los insultos de los criados no me hacen mucha mella.

P I O   B A R O J A

LAS HORAS SOLITARIAS



RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
VENTURA RODRÍGUEZ, 18



CARLOS RIVET

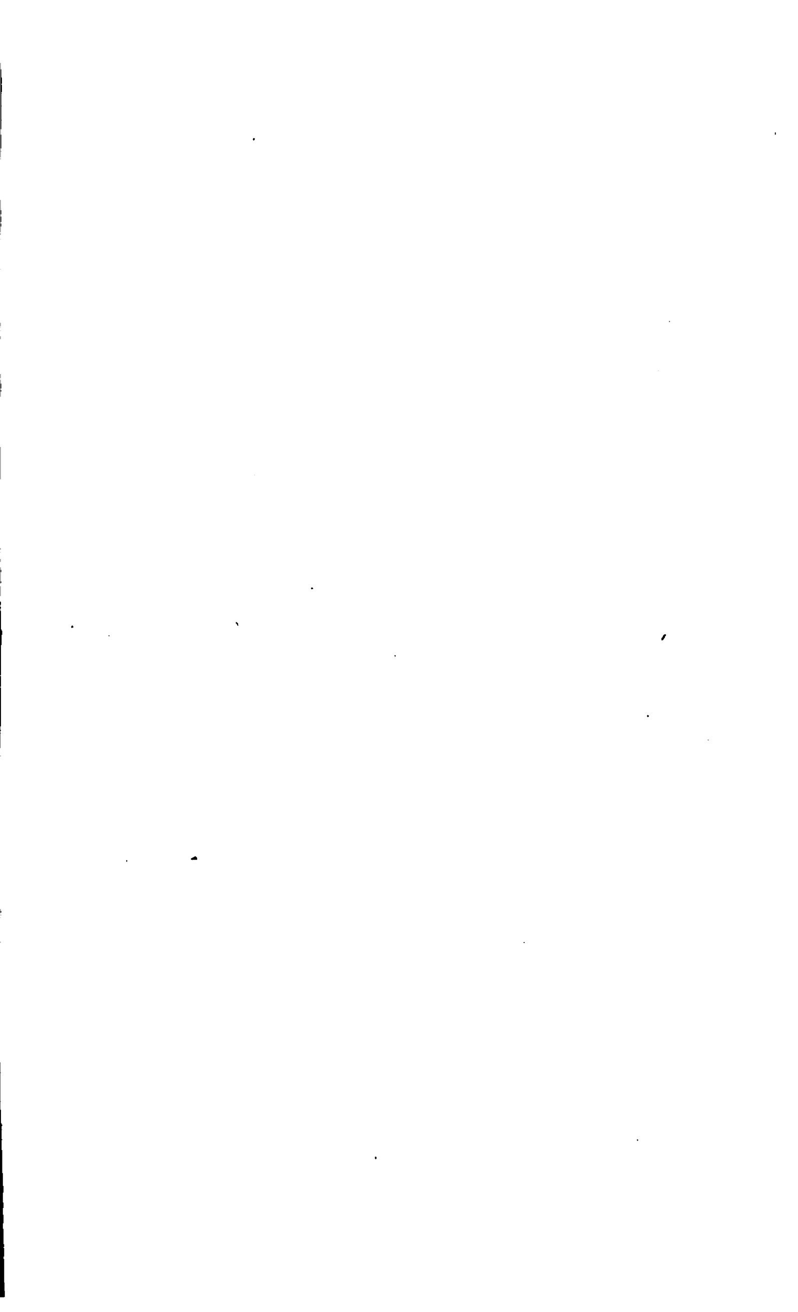
EL

ÚLTIMO ROMANOF

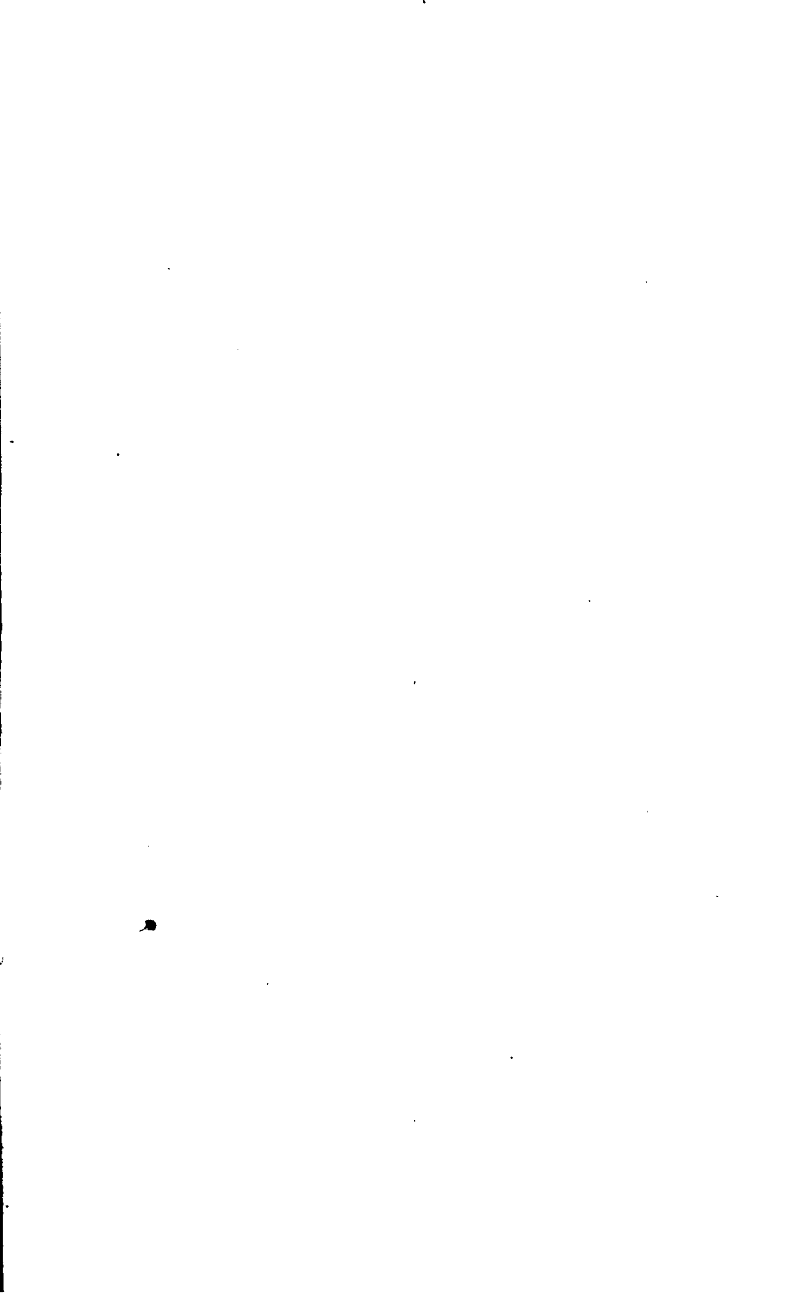
Traducción de CIRO BAYO

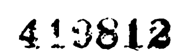
RAFAEL CARO RAGGIO. EDITOR
Calle de Ventura Rodríguez, 18
1917

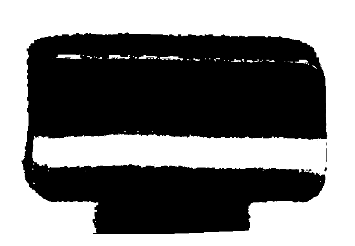
LAS CIRCUNSTANCIAS DE HABER SIDO SU AUTOR CORRESPONSAL DEL «TEMPS», EN PETROGRADO, POR MUCHO TIEMPO, DA A ESTE LIBRO EJECUTORIA DE VERÍDICA INFORMACIÓN DE LA RUSIA DE NUESTROS DÍAS











Precio: 1,25 ptas.